



ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

LA INSTRUCCION EN LA MUJER.

D. PEDRO. En cuanto á réplicas prontas
sois las hembras estremadas;
mas, discretas, si tapadas,
y si descubiertas, tontas.

JULIETA. A esó el injusto desden
de los hombres nos humilla,
pues tachan de sabidilla
á la que se esplica bien;
Mientras que á tanto pedante
ningun miramiento liga,
á la mujer se le obliga
á parecer ignorante;
Y no tan solo con mimos
se nos manda ó con estremos
recatar lo que sabemos,
sino hasta lo que sentimos.
Así en engaño ó ficcion
por fuerza la mujer pára,
pues ó ha de tapar la cara
ó encubrir el corazon.

Si bien tal vez nuestra estrella
confunde injusticia tanta,
pues con máscara os encanta
lo que reprobais sin ella.

D. PEDRO. Mujer, ángel, serafín.....

JULIETA. Si sin careta estuviera
me llamarás bachillera,
¡dichosa careta al fin!

No podia tener mejor principio
nuestro artículo que ese bellissimo
trozo de la linda comedia *El Baile de*

Máscaras, de D. Javier de Búrgos.
¡Cuánto se dice en tan pocos ver-
sos!... pero vamos á nuestro objeto.

Todos se lamentan de la poca ins-
trucccion que recibe en España la mu-
jer, del escaso caudal de sus conoci-
mientos, y pocos son los que llevan
una piedra para ayudar á construir
el edificio de su enseñanza. Hacen
menos; motejan á la que mucho ig-
nora, y compadecen á la que algo
sabe.

No sostendremos que la educa-
cion de la mujer debe ser la del hom-
bre: diferente aquella de éste en su
naturaleza, en su carácter, en sus
inclinaciones, en su mision, no debe
dársele la enseñanza escolástica que
á nosotros; pero sí la que les corres-
ponde, la que no se les dá. Adorna-
da la mujer con una sensibilidad es-
quisita, un entendimiento claro, una
imaginacion feliz, es fácil tarea ins-
truirla; y esto lo debemos hacer por
nuestro propio egoismo, ya que egois-
tas nos llaman, casi con alguna ra-
zon.

Ligada á la mujer nuestra vida,

en toda ella necesitamos de su talento. De nuestra madre recibimos el primer alimento, la primera idea, la primera enseñanza. Ella nos enseña á balbucear el dulce nombre de madre, guía nuestros primeros y vacilantes pasos, nos da las primeras ideas y nos inspira los primeros pensamientos. ¡Cuánta instruccion no necesita una madre para preparar la inteligencia de su hijo, para desarrollar sus facultades intelectuales! Quizá estribe en esto nuestro porvenir, porque dá el hombre los frutos de la semilla que se sembró en el niño.

Igual decimos con respecto á la educacion de la niña; si el hombre necesita solo instruccion, la mujer necesita mas, porque ha menester ser dulce, cariñosa, y estar adornada con los encantos del espíritu, y los de una buena educacion. Ved en una sociedad una jóven que tome parte en conversaciones que no entiende, que hable á gritos, accionée, y de seguro que no ha tenido una madre instruida. Por el contrario, ved una jóven amparada en su mismo recato, diciendo palabras dulces con la sonrisa en los lábios, temerosa de sí misma y alentada por su decoro y su virtud, y, no es dudoso, su madre no es ignorante.

La vida de la mujer es un continuo escollo; amenazada siempre de caer en él, necesita para evitarlo de su talento. En todas las situaciones de su vida la rodean peligros á

que tiene que hacer frente; y no se confie en que vencen con sus lágrimas, en que subyuga con sus encantos, sino que debe pensar en no verse precisadas á hacer uso de las unas ni de los otros. Una palabra imprudente, una accion indiscreta, decide á veces de la felicidad de una jóven. Henchido el hombre de vanidoso orgullo en sus amores, cuando ama á una mujer, la diviniza, si me es lícita esta espresion sagrada, la rodea de cierta aureola celestial de pureza que forma todo su encanto: y ¡ay de la infeliz que no sepa conservar en nosotros estas ilusiones, que no tenga la instruccion y el talento necesario para aumentarlas!

Si delicada es la situacion de la señorita, lo es aun mas la de la señora que tiene dos honras que guardar, dos felicidades que cumplir.

No sé por qué no se ha de enseñar á la mujer á leer en el libro del mundo. Abierto siempre para todos, ¿por qué se ha de cerrar para ella? ¿Quién lo necesita mas? El hombre puede valerse de la fuerza para vencer los engaños; la mujer necesita de su saber. Esta es la diferencia que no quiere comprenderse, y si se comprende no quiere observarse.

La mujer está sometida completamente al juicio de los hombres; asi todo su conato es parecerles bien, agradarles, merecer su estimacion; por eso desde niñas cuidan su compostura, sus adornos, y deben pre-

sentarse siempre á nuestra vista rodeadas de sus encantos. La mujer no debe hacerse amar solamente por su persona, sino tambien por su conducta; y así como procuramos con la nuestra justificar la eleccion que hace de nosotros la mujer, deseamos que el porte suyo nos enorgullezca de la preferencia que en ella hacemos. Ella debe hacer honrar al hombre con el honor que se dispensa á la mujer.

Con estas convicciones que tenemos íntimamente arraigadas, vamos á emprender nuestra tarea tan difícil como honrosa. No confiamos en nuestras fuerzas, sino en nuestra voluntad, y esperamos que lo digno de la causa nos ilustrará para andar con algun acierto tan árduo camino.

Instruir, pues, á la mujer va á ser nuestro objeto. La consideraremos en todas las situaciones, en todas las clases, bajo todos los aspectos.

Seguiremos á la niña en su cuna, en sus infantiles años, en su juventud, en su virilidad y en su edad octogenaria. A la niña daremos lecciones de educacion, á la jóven consejos de instruccion: guiaremos á la soltera en su difícil camino; enseñaremos á la casada la importancia de sus deberes, y pondremos ante la madre el código de su grande y celestial mision en la tierra.

Tal es nuestra ímproba tarea. No daremos lecciones pedagógicas en forma escolástica: haremos cuadros, que procuraremos adornar

con variados matices, á fin de que hablen al entendimiento halagando á la imaginacion; y para que, quien nada necesite aprender en ellos, reciba al menós con su lectura un momento de solaz.

A. PIRALA.

FÁBULA.

El Niño y la Mariposa.

A una bella mariposa
Incansable persiguió
Un niño de rosa en rosa,
Hasta que al fin la cogió.

Como atrajo solo al niño
El colorido brillante
De sus alas, no el cariño,
Se las quitó en un instante.

Al marchar con ella ufano,
Viendo una infeliz abeja
Presa de una araña, humano,
La salva y libre la deja.

Entonces con voz doliente
La mariposa así esclama:
—¿Por qué conmigo inclemente,
Y á la abeja, el niño ama?

—Es laboriosa y activa
La abeja, repuso aquel,
Y me conviene que viva
Para que pueda hacer miel.

A seguirte me ha movido
De tus alas el carmin,
Que poseer he querido,
Y aunque mueras, logro el fin.

¡Jóvenes, sed virtuosas
É inspirareis puro amor,
Y no cual las mariposas
Aficiones peligrosas,
Fruto del bello exterior!

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

La Ultima de las Hadas.

(Traduccion.)

I.

Diez y seis años acababa yo de cumplir cuando se me apareció la primera vez esta vision encantadora.

Era , bien me acuerdo , en una hermosa tarde de mayo. Me paseaba solo , y sin objeto , atravesando los campos, pensativo é inquieto , sin saber porqué. Tal era mi estado, hacia algunos dias ; todo me disgustaba , y buscaba la soledad.

Veia al sol esconderse en un mar de oro y púrpura , á las sombras bajar lentamente de los cerros á la llanura , y á las estrellas encenderse paulatinamente una á una en el azulado cielo. Las ranas cantaban en la orilla de las lagunas , y los trinos dulces del ruiseñor se dejaban oir á largos intervalos. Oia tambien estremecerse el follaje , y doblarse los arbutos al soplo de la brisa con murmullo triste y suave. La luna que habia aparecido encendida al mostrarse en el horizonte , dormitaba ya , blanca y radiante en una concha anacarada de nubes , de donde caian sus rayos en ondas de plata sobre las espaldas de la noche. Embriagado por un aire cargado de olores aromáticos , escuchaba los gorjeos de los pajarillos , que gozosos jugueteaban en los nidos entre el ramaje de la florida selva.

Seguia caminando abriéndose mi corazon á este confuso ruido , á estos deliciosos perfumes , cuando alcancé á ver un grupo de jóvenes que agarradas de la mano se volvian á la poblacion cantando en coro canciones festivas al amor y á la primavera : sus voces frescas vibraban en el silencio de los dormidos campos , como el ruido lejano de una cascada.

Ocultéme detrás de un bosque de espinos , y las ví pasar á mi lado alegres y bulliciosas , semejantes á un enjambre de aquellas sombras blancas que se reunen por la

noche á orillas del lago , formando danzas ligeras y que desaparecen al primer fulgor de la aurora. Distinguia á la luz de las estrellas las rubias y negras trenzas que adornaban sus cabezas: oia , estremeciéndome , el roce de sus vestidos , y aspiraba con ánsia las emanaciones misteriosas que dejaban á su paso , y que llegaban á mi mas embriagadoras que el embalsamado aroma de la tarde.

Cuando desaparecieron me sentí asaltado de una turbacion desconocida , y sentándome en un terrazo al borde de las praderas , que se estendian á mis piés como un océano de verdura , oculté mi frente entre las manos , y permanecí algun tiempo abismado en una profunda distraccion escuchando y procurando comprender los confusos ruidos , el estremecimiento desconocido que en mi interior advertia.

Lo que en mí sentia no sabré espresarlo: mi corazon se hallaba oprimido y próximo á estallar; advertia dentro de mí como un manantial oculto que buscaba salida , como una marea contenida que pugnaba por estenderse. Lloraba á gritos , y encontraba en mi llanto un voluptuoso gozar.

Ignoro el tiempo que permanecí en este estado. Cuando me levanté ví á algunos pasos delante de mi á una celestial criatura que me miraba sonriéndose. Una túnica mas blanca que la azucena ondulaba desde sus hombros en graciosos pliegues , y apenas dejaba ver sobre el césped , que casi no tocaban , dos piés desnudos y blancos como el mármol de Paros. Su rubia cabellera flotaba libremente alrededor de su cuello : sus mejillas tenian la frescura y brillo de las flores que coronaban su cabeza: sus ojos resplandecian sobre el sonrosado alabastro de su rostro como dos jacintos que se abren entre la nieve á los primeros besos de abril. Sus brazos estaban desnudos ; una de sus manos descansaba sobre su pecho , mientras la otra parecia llamarme con un ademan benévolo.

Permanecí algunos instantes mudo é inmóvil contemplándola. Sin duda descendia

del cielo, porque su belleza nada tenia de comun con la de las hijas de la tierra; una atmósfera radiante la cercaba, envolviéndola cual un vestido luminoso.

—¿Quién eres tú? exclamé al fin tendiendo hácia ella mis trémulos brazos.

—Soy tu amiga, me respondió con una voz mas dulce que el zéfiro de una noche serena; yo soy la Hada que el rey de los Génios adormeció en tu seno en el instante de tu nacimiento: todavía dormia en él esta mañana, y acabo de despertarme al primer latido de tu corazón. Mi vida se compone de tu vida, soy tu hermana y seré tu compañera hasta el día en que separada de tí, como una hoja desprendida de su tallo, te deje en medio del camino, cuya primera mitad habrémos andado juntos.

Este día no está lejano, mi jóven amigo. La rosa que no vive mas que una mañana es el emblema de mi destino. No esperes para amarme al día en que me hayas perdido, porque ni tu llanto ni tu pena podrán reanimarme cuando ya no exista. Mi mano no lleva ni la rama mágica de Norma, ni la varita encantada de Armida; no poseo otras joyas que las flores que se enlazan con mis cabellos, y sin embargo te colmaré de mayores tesoros que nunca una Hada benéfica y pródiga haya podido derramar sobre una régia cuna. Colocaré en tu frente una corona que muchos reyes cambiarían gustosos por la tuya: te rodearé de un acompañamiento tan brillante, que rara vez se haya visto en las córtes y los palacios. Invisible y presente te seguiré por todas partes; donde quiera que vayas sentirás mi influencia fecunda; embelleceré los sitios por donde pases; por la noche embalsamaré tu lecho, y comunicaré mi alma á la naturaleza entera para que todo te sonría por las mañanas al despertarte. ¡Qué deliciosos goces nos esperan!

Pero aprende á conocer, jóven, los bienes que te traigo; cogélos antes de que te se escapen; enséñate á tocarlos sin que los marchites, y á gozarlos sin que se agoten:

haz provision de ellos para la otra mitad del camino que debes hacer sin mí.

Ya te he dicho, amigo mío, que mi vida es corta; pero de tí depende el prolongar mi frágil y preciosa existencia. Yo soy como aquellas plantas raras y delicadas á quienes es preciso dar con medida hasta el sol y la lluvia. Mis piés son delicados, no los fatigues haciéndome seguirte en locas correrías. El brillo de mis mejillas es mas tierno que la la frescura de las blancas campanillas de los setos, si no quieres verlo marchitarse en un día no me espongas á ardores demasiado vivos, condúceme solo á la suave y plácida sombra. Cuida, en fin, de que ningun remordimiento emponzoñe el pesar, demasiado amargo de por sí, en que mi pérdida te sumirá. Procura que mi recuerdo te sea grato, que pueda yo todavía alegrar tu corazón con un dulce reflejo mucho tiempo despues que haya cesado de animar y de iluminar tu vida.

Al decir estas palabras, como un Angel de la Guarda que se inclina sobre la cuna, bajó hácia mí su rubia cabeza, y sentí que sus lábios tocaban mi ardorosa frente mas frescos y mas perfumados que la menta que crece á orilla de las fuentes. Quise abrir mis brazos para estrecharla, pero la blanca vision se habia desvanecido como un sueño.

¿Y no era un sueño en efecto? Seguí atravesando los campos, ya corriendo como un loco, ya arrojándome sobre el césped que humedecía con mis ardientes lágrimas; á veces apretaba contra mi pecho las delgadas ramas de los álamos, que se me figuraba sentir estremecerse y palpar; levantaba mis brazos hácia las estrellas hablándolas de amor. Conversaba con las flores, las plantas y los árboles; sentia en mí un torrente de sávia que révosaba por todas partes y se esparcía por toda la naturaleza. El dique estaba roto; el manantial habia abierto la roca. Reia, lloraba, nadaba en un mar sin fin de inalterables goces y de felicidades sin nombre.

Quando el Oriente principió á blanquear me pareció que asistia por la primera vez al despertar de la creacion. Mi corazon se hinchaba: aspiraba el aire con orgullo; creí por un instante que mi alma iba á desenlazarse de su cuerpo para volar libre y ligera al través del espacio, mezclada con los ligeros vapores que el sol naciente levantaba de la tierra. Desde lo alto de la montaña á que habia llegado media el horizonte con una mirada vencedora; la tierra acababa de ser creada para mí, y ya me contemplaba el rey de la naturaleza.

(*La parte segunda al número inmediato.*)

LA AMAPOLA, LA VIOLETA Y LA NIÑA.

El sol en Occidente
Oculta ya su disco esplendoroso,
Y la luna su faz encantadora
Ostenta tristemente
Sobre el azul del cielo
Que amarillento dora
El último fulgor del astro hermoso.
Ya se adormece el suelo,
Ya su plácido nido busca el ave,
Y solo canta el cefrillo suave.

Descuella una amapola
En un campo de flores tapizado,
Y eleva ufana entre la verde grama
Su encendida corola.
Cimbrea su ramaje,
Y altiva se proclama
Cual reina hermosa del ameno prado.
Examina el paisaje,
Y ufana con su espléndida hermosura
Se juzga sin rival en la llanura.

Violeta ruborosa
No lejos en la yerba se escondia.
Su modesta corola perfumada
Cerrando pudorosa
Al cefrillo leve,
Que roba su ambrosía,
Y perfuma con ella la enramada,
Tímida no se atreve

A competir en gracia con las flores,
Que brillantes ostentan mil colores.

—Eres, Violeta, esquivia,
Esclamó la Amapola con sarcasmo,
Mas justa es tu esquivia: no te dió el cielo
Mi belleza atractiva,
Mi color esplendente,
Y vives sin consuelo
Sin despertar del ave el entusiasmo.
Mas consejo prudente
Te daré: el que se oculta entre la sombra
Jamás al mundo con su gloria asombra.

Las mariposas bellas,
Antes que abata hasta tí sus alas
En mi cáliz se posan anhelantes,
Y sus dulces querellas
Henchidas de ternura
Me repiten amantes.

—Incauta flor, perfumes tu no exhalas,
Y la sola hermosura
Puede osada atraer mas no sujeta,
Respondió con dulzura la Violeta.

Una Niña gozosa
Iba hollando las bellas florecillas
Que tapizan la alfombra de esmeraldas.
Su mirada afanosa
Fija en la flor brillante,
Y atrás deja las gualdas,
Las adelfas y blancas campanillas
Por cogerla anhelante;
Pero al ver sin perfume tal belleza,
Lejos de sí la arroja con presteza.

Percibe dulce aroma
Que esparce en torno lisonjero el viento,
Y divisa una flor que humildemente
Entre la yerba asoma.
Al ver su donosura,
Sobre su pecho ardiente
La pone con afán. Solo un momento
Deslumbra la hermosura:
Aunque ocultarse la virtud presume
La revela al instante su perfume!

ANGELA GRASSI.



MODAS.

Conocemos, amables señoritas, que sería impropio, al dirigiros por primera vez nuestra voz, llamaros la atención con lecciones de labores pesadas, precisamente en esta época del año, en que naturalmente vuestro pensamiento ha de inclinarse hácia los bailes y reuniones á que convida la temporada que va aproximándonos al Carnaval. Por lo tanto, fuera de algunas labores puramente de recreo, nos ocuparemos de vuestras diversiones, procurando iniciaros en aquellos adornos que sean mas á propósito para hacer lucir vuestras gracias juveniles, que es el único punto bajo el cual queremos mirar la Moda con respecto á vosotras. Este entretenimiento nos preparará el camino hasta la Cuaresma, y entonces os presentaremos modelos de labores variadas, que sin tener precisamente por objeto vuestras personas, no os sean por eso menos agradables é interesantes.

Entretanto debemos advertiros que el mejor adorno de una jóven es, despues de su juventud que todo lo embellece, mucha sencillez en su *toilette*, y mas que nada la completa armonía de las partes que la compongan.

En esto consiste todo. Las flores, las cintas, las simples muselinas trasparentes y ligeras dispuestas con gusto, hermosean mas á la primera edad que la riqueza de las telas ó el brillo de las joyas.

Voy á presentaros un ejemplo de dos señoritas que se preparan para un baile. La una está adornada con un vestido de reps, color de rosa, con triple falda: un bordado de canutillo blanco ó de cuentas de plata ondea sobre la jareta de cada una de aquellas: ramos de flores les sirven de abrazaderas para ahuecarlas por ambos lados; y otros correspondientes adornan su peinado, cayendo su ramaje con gracia sobre su cuello, que ostenta una rica berta de encaje. Esta

toilette elegante es lo que se llama un *traje caro*, y que no pueden permitirse todas las hijas de familia; pero que se consuelen las que no están en este caso, al mirar al lado de esta jóven privilegiada de la fortuna á su jóven compañera, sencillamente puesta, y que sin embargo no está menos interesante.

Su adorno se compone solamente de blanca muselina, y unas cuantas perlas en la cabeza: nada mas. Pero el vestido está hecho con el mejor gusto, y las perlas se enlazan con sus sedosos cabellos con la mayor sencillez y esmero.

Seguramente en el baile que espera á estas dos jóvenes á nadie le ocurrirá calcular ni comparar el precio de sus adornos: si su conjunto es agradable á la vista, las dos parecerán igualmente bien puestas, mucho mas si saben reunir la modestia á la alegría perfumada de su juventud, joya que vale por todas y á que todas pueden aspirar.

Uno de los principales adornos del vestido de muselina es un magnífico bordado que ondea en sus tres volantes, y en las guarniciones correspondientes del cuerpo y mangas: indicio de que la que lo lleva tiene buen gusto, y hábito de ocupaciones caseras. La madre que busca una compañera para su hijo no dejará de hacer esta doble observacion, y la de que la jóven que sabe vestir con tanta sencillez y elegancia posee sin duda tres virtudes esenciales á la felicidad doméstica: la modestia, la economía, y el amor al trabajo.

Pero creo, señoritas, que en mi deseo de haceros realmente interesantes, me he puesto á moralizar. Dispensadme, y que mi buena intencion me sirva de excusa.

Como el periódico, aunque lleva vuestro nombre, está dedicado á vuestras mamás, es preciso tambien hablar de las Modas que las corresponden, y en las que con su buen juicio cada una escogerá segun su estado. Hoy les presentamos modelos de disfraces en el figurin que acompañamos: en el de Varsovia le hay muy lindo para vosotras, y si pareciese demasiado rico ó costoso, puede

sustituirse al terciopelo otra tela de menos valor, y al raso el sencillo tafetan ó la ligera gasa.

Explicacion del Figurin.

DISFRACES.

Traje de marquesa del tiempo de Luis XV.

Vestido de brocado blanco nácar con un volante ancho de punto de Inglaterra, formando una cabeza fruncida, y guarnecido de un rizado de cinta azul. Segundo vestido de gourgouran azul de Francia, ahuecado sobre la falda de brocado, y sostenido por un tontillo. El vestido de gourgouran azul está guarnecido por dos encajes que forman un rizado, separados entre sí por un fruncido de cinta azul de raso. Cuerpo á la Wateau muy entallado y largo. Mangas muy cortas, con guarniciones anchas de punto de Inglaterra, que apenas llegan al codo. Collar de perlas. Peinado empolvado, con adornos rizados de cinta azul que sostienen á un lado un ramo de rosas, abriéndose, por decirlo así, en medio de una nieve perfumada. Abanico de nácar y oro. Guante color de paja. Brazaletes ricos. Zapato blanco con talon bajo.

Traje de Varsoviana. Falda de terciopelo color de grosella, guarnecida de piel de marta, y en cada una de las caderas dos lazos de cinta, formando mariposas. Corpiño de terciopelo blanco, con manga corta, adornado de pieles y guarnecido de alamares de terciopelo negro, con una bellota de oro en cada uno de sus extremos, y que suben en disminucion. Delantal corto de raso blanco con listas de color y flores albanesas. Peinado de bandeaux rizados, coronado con un adorno de terciopelo grosella y negro, terminado por un lado con lazos de lo mismo, y por el otro con una larga borla de oro. Guante blanco. Ramillete de varias flores. Botitas de terciopelo verde guarnecidas de pieles y con talon bajo.

Traje de niña. Falda de cachemir, color de naranja, guarnecida de terciopelo negro.

Vestido de terciopelo verde muy corto para que luzca la falda anaranjada. Cuerpo escotado y formando casaca por detras. Delantal de raso morado, con cuerpo y bolsillos, y guarnecido de terciopelos negros. Medias de seda blanca con hijuela bordada de verde. Zapatos de raso negro con lazos de cinta verde.

Solucion á la Charada inserta en el n.º 7 de la GACETA DEL BELLO SEXO.

Si *Peña* es un apellido,
si *D. Lope* un nombre fuere,
si *pesa* mal el que quiere
cobrar bien lo que ha vendido,
si *sape* al gato querido
dice una andaluza airada,
comprendo ya tu Charada;
porque poniendo una *losa*
á tu todo *Peñalosa*
la tenemos descifrada.

E. DE T.

Advertencia.

Las Señoras Suscriptoras á la *Gaceta del Bello Sexo* recibirán desde hoy en lugar de aquella el *Album de Señoritas*, y creemos que nos agradecerán esta variacion, casi nominal, ó mas bien mejora, pues ademas de la parte de educacion, escrita por personas competentes, tendrán un aumento de grabados, sin que dejen de encontrar en la nueva publicacion todo lo que se les tenia ofrecido en la primera.

Imprenta de M. CAMPO-REDONDO Y AGUIAR.
Huertas, 42.